

Lautaro Yankas

## Camorrita



AMORRITA era hombre de los cerros. Había nacido en ellos como las liebres que los plagaban y sus juegos y escapadas de granuja hallaron en las quebradas abrigo y defensa contra el peligro de las bandas enemigas y de las batidas de los gendarmes. El rancho asentado en una altura vecina al mar, tenía un gesto fosco, rodeado como estaba, de cercos de alambre y de tierra inculta, donde el verde de la primavera no alcanzaba a madurar. Así y todo, Camorrita arraigó allí su cuerpo flaco pero tenaz como la liana de las quebradas y desdeñó el mar que sus ojos reflejaban dormido en la ilusoria quietud de las distancias. El rumor del oleaje se perdía en su oído cansado de captarlo desde niño y los temporales que empenachaban los acantilados no lograron alterar su existencia arisca y bestial.

El caserío costero—cien casas pintiparadas, la mitad desiertas en las estaciones frías—comenzaba para Camorrita más allá de la fragua cayente al callejón que lo atravesaba, convertido cuadras adelante en adoquinada

vía. Semejante caserío, apretujado y multicolor, que él viera nacer y que año tras año trepaba con mayor brío los cerros, era, quizá, lo que había vencido y destruído en Camorrita la natural pasión del costeño por el mar. A pesar de la dominadora presencia de los chalets recargados de vitrales, de los hoteles suntuosos, de las magníficas terrazas y de los baños calientes, Camorrita, cuyos pulmones bebían a diario la sal y el yodo del mar, pasaba por aquellos sitios sin un pensamiento de orgullo, sin el menor impulso afectuoso hacia aquella vida nueva, surgida en la antigua caleta de pescadores.

Era sábado y como de costumbre en tales días, Camorrita olvidaba un poco su casa solitaria y bajaba hasta las primeras casas del pueblo. Por allí, todavía lejos de la población nueva, en una esquina ruinoso, flameaban las letras de oro del boliche «El Triunfo». La paga había sido poca esa semana, por escasez de trabajo en la fragua. Los tiempos se ponían malos. Por primera vez, desde largos años, Camorrita se encontraba ante un problema acaso insoluble: los pocos billetes que había recibido le alcanzaban justamente para sus compromisos de fin de semana... A través de los años estos compromisos habían ganado inmediata preferencia en el balance semanal que su tozudo cerebro se hacía cada sábado. De ordinario, verificado el cálculo, sobrábale buen número de billetes, que entregaba a su mujer después de la acostumbrada reyerta. ¿Qué hacer ahora? Camorrita se cogió una oreja y se la restregó un

buen rato con sus dedos negruzcos y callosos. Un momento después el difícil problema estaba resuelto y ninguna preocupación lo aquejaba. No había dinero para la mujer, sencillamente; que ella se acomodase a la nueva situación. La culpa no era de él, bien se veía; el trabajo estaba malo, muy malo; no se ganaba para vivir. Por lo demás, la mujer era habilidosa; nunca faltaría en casa un plato de frejoles. Era diligente la pobre Chepa; apenas el hombre se iba a la fragua, ella arreglaba la casa en un santiamén, dejaba a los dos chiquillos encargados a una vecina del callejón y se iba a servir a las casas pudientes.

Silbando una tonada,

Aquella flor en tu pecho,  
flor de amapola...

las manos en los bolsillos, el grasiento sombrero obscuro ladeado sobre el ojo izquierdo, Camorrita entró en el boliche «El Triunfo», letras de oro, esquina de anchas puertas, siempre entornadas. Era obscuro como los antiguos chincheles y en la penumbra flotaba el acre olor del vino derramado año tras año en el piso de tierra endurecida. Pronto, acostumbrado a la poca luz, Camorrita distinguió a los tres bebedores arrinconados cerca del mesón lleno de botellas, y tras un «qué dice la gallá», se sentó con ellos.

—¡Uno del tinto!—gritó hacia el mesón. Luego, a sus compañeros: —Venaiga la suerte de uno. Mientras más trabaja menos tiene pa vivir.

—¡Cuándo no estamos lo mismo!—fraternizó un caripecoso de ancha nariz y boca descosida. Si el vino fuera mejor siquiera. Siempre la misma tintura aguachenta. ¡Maldita sea!

—¡Sin trago quién va a vivir; por la santa! Y ahora, con lo poco que se gana, uno no alcanza a curarse siquiera. Y todavía las mujeres pitean. La mujer no sirve pa otra cosa.

Camorrita asintió en silencio a la última frase desabrida y bestial del Rana, personaje que vivía «así no más» con una mujer de mala fama, en la barriada alta. El Rana era pescador y diariamente dejaba la caleta perdida en los acantilados para remontar el caserío en demanda de «El Triunfo», sitio éste donde se reunían sus amistades. Obediente a su naturaleza libre, sediento de aventura y de vino, olvidaba durante semanas el tabuco de los pescadores, durmiendo en cualquier parte, allí donde lo empujaba el amor o lo derribaba la borrachera. Camorrita recordó el abandono en que su amigo tenía a la hembra que lo había sujetado durante mucho tiempo, y como quien no desea hincar la atención en ello, masculló, mientras apretaba en su mano tiznada el potrillo mediado:

—Cuándo no pitean las mujeres. Pero a qué acordarse de ellas si estamos bien solos. Salucita, pues.

El potrillo estuvo inclinado un rato largo, dando su áspero caldo, hasta que los gruesos labios de Camorrita se despegaron flojamente de su borde. Los compañeros

habían vaciado los suyos y miraban calmos y sombríos al que acababa de beber.

—¿Cuánta plata tenis?—le preguntó el caripecoso, que parecía incommovible, echado el cuerpo sobre la mesa.

Los cuatro estaban todavía lúcidos, aunque los amigos de Camorrita habían bebido por adelantado, esperando al compinche. Este no se disgustó cuando les oyó decir que entre los tres no tenían más de cinco pesos. Durante la semana habían pedido de fiado en el boliche.

—¡Cuatro dobles!—gritó Camorrita al cantinero como única respuesta a tal declaración.

Comieron allí y Camorrita, horas después, remontaba el callejón con paso vacilante. Quería ver a su mujer. Cada vez que se emborrachaba y cuando advertía que todas las puertas se le cerraban, le mordía el deseo de la reconciliación con el hogar abandonado.

El callejón y sus luces torvas de cuadra en cuadra. El paso tambaleante, a tropezones, era recibido con un que otro destemplado ladrido. Esta noche, en el fondo de su tenebroso y denso anhelo de concordia familiar, Camorrita sentía prender áspera y exaltada violencia. Dos hombres silenciosos bajaban el callejón, acompañados por la bullanga quiltrera. Camorrita creyó reconocer a la gendarmería en sus siluetas firmes y marciales. Una alegría hostil llameó en su sangre y a tiempo que sus piernas se abrían y se cruzaban en lento juego



de equilibrio, su voz cobraba un extraño efecto espectral en el aire fresco:

—¡Aquí va Camorrita, que quiere peliar con los matones!... Soy Camorrita y voy a pegarle a la mujer... Eso es querer, ¡eh! Vengan pacos, vengan catanas... uno que se atreva a pisarme el poncho...

—Cuando lo tengay—gritóle uno de los desconocidos, sin detenerse.

—Tengo lo que vos no tenís... Vengan pacos asoleados, catanas mogosas, bolsillos pelaos... ¡Camorrita quiere pelea!

Sus brazadas de energúmeno revolvían el aire, y su cara oleosa se erguía y recogía con ademanes vacilantes o violentos. Los desconocidos le hicieron poco caso. Ensoberbecido, Camorrita continuó su camino, poblando el silencio con el ardiente desafío que manaba incansable de sus labios babeantes y torpes:

—¡Vengan pacos, vengan matones! Camorrita quiere encontrarse con un gallo de estacas. ¡Que vengan!... ¿Onde están? Se los tragó la tierra... Ja...

Mascullando amenazas llegó al rellano de la loma, en que se encontraba su casa. El terreno estaba cubierto de herbajos secos que crujían bajo sus pies. Andando, andando, su cuerpo fué a dar en el cerco de alambres que limitaba el terreno. Allí se quedó unos instantes, sorprendido y sin deseos. ¡El, que creía que iba por holgado sendero! Lanzó una maldición, buscaron un apoyo sus manos, y al encontrarlo y levantarse él, sintió que su ropa se desgarraba en las púas.



A poca distancia, ladridos.

—¡Choco! ¡Juan de La!—rezongó Camorrita, y sus piernas empezaron a moverse de nuevo.

Los perros de la casa dejaron de ladrar cuando estuvieron a unos pasos del amo y en seguida lo escoltaron, gacha la cabeza, olfateando el suelo.

La puerta estaba abierta y los pesados y flojos pies de Camorrita no tropezaron al entrar. Su mirada turbia fué atraída por la mezquina luz que vacilaba en el rincón, junto a la cama.

—¡Onde estay!—gruñó mirando siempre aquella luz que magnetizaba sus pupilas pesadas y lúgubres.

Desde el rincón vecino a la puerta se alzó ágil la respuesta, a tiempo que la mujer se incorporaba dejando la silleta de paja.

—¡Aquí, esperándote como una burra! ¿No estay contento?

—Vengo curao; no me digay na, vieja piojenta.

—Dame unos cobres siquiera, porque mañana no hay qué comer.

—Entonces no comís, pues.

El hombre respondía sin esfuerzo, empujado por la costumbre de decir las mismas palabras que desnudaban los mismos cotidianos impulsos. Sabía que ella guardaba en la falda algunos pesos, muy pocos, paga de trabajos que hacía en las casas pudientes del balneario. Le pedía, como lo hacía todos los sábados, pero esta vez, la primera, quizás, en mucho tiempo, él no le daría un solo peso. El diálogo era semejante, tal vez, pero Camorrita

ahora no accedería, porque nada le quedaba. De ordinario, acariciando golosamente, con avaricia, los diez o quince pesos que apartaba para la casa, se defendía del asalto verbal, ora furioso, ora gimiente, de la mujer, que los necesitaba para comprar algunas faltas de los chiquillos.

—¡Dame luego esa plata, hombre desconsiderado! Pa qué te hacís el tonto. Los güeños ya no tienen calzones, y los tuyos son puro remiendo. Si no me day, el lunes te vay con el traste al aire, por vía santísima.

La mujer se había aproximado, como lo hacía habitualmente, estrechando al hombre en su asedio.

—No te acerquís, porque lo que te voy a dar son cachetás. No hay plata.

Se volvió del revés los bolsillos y mostró el gesto tranquilo que empleaba siempre como último recurso persuasivo.

—¡Bandido! Te lo habís tomao too! Esta es la última que te soporto. Ahora mismo me mando cambiar con mis chiquillos. ¡Salvaje!

Y corrió hacia el jergón donde dormían las crías. El hombre, que de súbito pareció excitado, giró con relativa viveza y sujetó a la mujer.

—¡Andate sola, si querís, perra!

La mujer, de un envión, quiso zafarse de la manaza, pero al instante una bofetada la inmovilizó. Los chiquillos despertaron llorando. La lámpara y su mísera luz. El hombre sintió en su carne los dientes terribles de la mujer, y loco de dolor y de furia cogió de la mesa algo



que él mismo no distinguió bien. . . En seguida, un alarido de hembra herida.

El silencio, que se le vino encima como una ola inmensa, no lo aniquiló. Los chiquillos, al ver caer a la madre, intentaron acudir a su lado, sin comprender bien lo sucedido, pero un rugido del hombre los contuvo. Camorrita se inclinó sobre la mujer, deslizó la mano entre las faldas y no tardó en hallar el dinero que buscaba. En seguida, sin mirar a los chiquillos—sus pobres caras sucias y desesperadas—salió del cuarto.

La sombra gruesa y envolvente lo cegó apenas se encontró cara a las lomas. El alarido de la mujer estaba allí todavía. Calculó la hora y luego se encontró de nuevo en el callejón. Sentía la cabeza pesada, como si faltar de costumbre hubiese andado elucubrando un difícil problema. Su conciencia estaba tranquila; prueba de ello era el rumbo escogido entre otros que le mostraba la noche. El boliche «El Triunfo» estaba casi vacío y el tabernero se disponía a trancar las puertas. Camorrita, sediento, silencioso, hundido en la tiniebla amurallada de su destino, consumió el contenido del único doble que el tabernero consintió en servirle.

Un rato después, con algunos pesos en el bolsillo, Camorrita remontó las lomas. En las densas sombras de su alma, borrábase ya el recuerdo y la atracción rutinaria del rancho. Sentía mejor que otras veces, en su sangre, el apremiante llamado de los cerros. A menudo, después de sus borracheras, se le había encontrado sumido en su sueño alcohólico, en un tajo de las quebra-

das, donde escasos matojos guarecían su soledad. La quebrada era para él la suprema querencia, el refugio inexpugnable, el magnífico nidal de sus borracheras.

Esta noche, como otras, iba a esconder allí su cuerpo reudido por el vino, harto de bestialidad. Había bebido más que de costumbre, pero iba sediento.

Días después, los carabineros lo encontraron muerto en una quebrada distante, ovillado bajo la rala ramazón de unos maquis. Su cara sostenía una brava mueca, la mueca ebria de sus desafíos callejeros:

—¡Yo soy Camorrita! Vengan pacos, vengan matones. . . ¿Onde están? Se los tragó la tierra. . .